

Foro Interno
2008, 8, 133-149

ISSN: 1578-4576

SERIE DORADA

La evasión americana de la filosofía, de Cornel West

por Gonzalo MONGE

CORNEL WEST, *La evasión americana de la filosofía. Una genealogía del pragmatismo* (1989), Editorial Complutense, Madrid, 2008. 386 páginas.

Es una suerte poder contar por primera vez con una traducción al castellano de *La evasión americana de la filosofía*, de Cornel West. Se trata de una obra excepcional que analiza el pragmatismo americano, cuyo primer borrador fue escrito a mediados de los años ochenta, y que finalmente vio la luz en su forma definitiva en 1989. Ya en 1977, el propio autor había publicado un artículo en el que predecía que la futura publicación del manuscrito de Richard Rorty, conocido como *La Filosofía y el Espejo de la Naturaleza*, produciría un resurgimiento del interés por esta corriente filosófica.

El motivo principal que West señala a la hora de elaborar este libro es el de revalorizar la herencia americana (p. 29), y de esta forma revitalizar la Academia, la política, la cultura, así como fomentar la libertad y la democracia¹. Él mismo lo definirá como un acto político, mas allá de la mera explicación teórica², de manera que, enfatizando en el lado mas político y moral del pragmatismo³, y entendiéndolo como una novedosa forma de pensamiento y acción autóctona de oposición al poder, su revalorización contribuya a transformar América y el mundo.

¹ Por una parte, el pragmatismo es capaz de “sobrepasar los límites de las divisiones disciplinares del conocimiento propias de la modernidad” (p. 31); por otra parte, el libro también “intenta responder a la crisis de la izquierda americana” y fomentarlo como “una perspectiva filosófica persuasiva y una fuente autóctona de ideología política de izquierdas americana” (p. 32).

² “My genealogy of American pragmatism is an explicitly political interpretation without, I hope, being pejorative ideological”. Cornel WEST, *The Cornel West Reader*, Basic Civitas Books, New York, 1999, p. 146.

³ Ibid, p. 144.

Para West, la heterogeneidad del pragmatismo nada tiene que ver con la filosofía tradicional, y lo asemejará más a la crítica cultural, como “un conjunto de interpretaciones que intentan explicarle a América lo que es en un momento histórico concreto” (p. 30). De esta forma, también describe su obra como una historia social de las ideas que pone en relación al conjunto de esta corriente filosófica con el contexto social y cultural de cada época, y con las formas de poder existentes⁴. El pragmatismo es un producto genuinamente americano, y como tal, para comprenderlo, es necesario comprender también las contradicciones presentes desde la fundación del país.

El enfoque moral y político del pragmatismo en esta obra tendrá muy en cuenta la perspectiva del individuo, y será señalado también como:

...posible remedio a la situación del hombre posmoderno, necesitado de normas y valores en medio del cinismo, el nihilismo, y la amenaza terrorista y nuclear. Se trata de una vuelta al sujeto, alejado de concepciones estructuralistas y de su afán por eliminarlo, pero al mismo tiempo consciente de las limitaciones sociales y la reproducción de las jerarquías basadas en la clase, el género, la raza, y la orientación sexual (p. 28).

El entusiasmo de West con esta corriente americana de pensamiento, su optimismo, y las esperanzas que en ella deposita, no evitan que adopte una postura crítica frente a ella, y lo que realmente confiere un valor excepcional a esta obra es la huella personal que en este particular repaso nos deja. Cornel West escribe siempre desde sus circunstancias personales, desde el interés por los más desfavorecidos, el *empowerment* de los ciudadanos, la libertad y la democracia. No abandonar esos compromisos es lo que le permite encontrar las sombras de esta corriente, sin menospreciar sus capacidades ni todo lo bueno que de ella se puede extraer⁵. Se trata de una búsqueda personal, de descubrirse a sí mismo en relación con el pragmatismo, que tanto le ha influido, de “hacer un inventario crítico de mí mismo, como una forma de ubicar en un contexto histórico, social y existencial mi trabajo como intelectual, activista y ser huma-

⁴ “The book focuses on how the complex formulations and arguments of American pragmatism shape and are shaped by the social structures that exploit and oppress”. Ibid, p. 147.

⁵ “I write as one who intends to deepen and enrich American pragmatism while being trenchant critique to bear on it. I consider myself deeply shaped by American civilization, *but not fully a part of it*. I am convinced that the best of the American pragmatism tradition is the best America has to offer itself and the world, yet I am willing to concede that this best may not be good enough”. Ibid, p. 148.

no” (p. 32)⁶. De hecho, podemos seguir el rastro de las preocupaciones e inquietudes que ya aparecen en este libro, una de las primeras publicaciones de West, a lo largo de su dilatada carrera: la especial sensibilidad hacia lo étnico, la preocupación por revitalizar la condición de ciudadano y por extensión la democracia, la mejora de las condiciones de vida y el especial papel que reserva en todo ello a la religión, aparecen todas ellas bosquejadas en este repaso tan particular del pragmatismo americano. Se agradece, y enriquece la lectura, el encontrar un autor tan valiente y sincero, que sea capaz de exponer sus puntos de vista de forma rigurosa y rascar en las fisuras del pragmatismo sin plegarse ante el peso de una corriente que a la vez considera tan crucial⁷, y que al mismo tiempo, busque en ella de manera constructiva aquello que pueda mejorar la vida de todos.

El primer gran acierto de esta selección pragmatista de Cornel West, orientada hacia su vertiente moral y política, es la inclusión dentro de esta corriente, o podríamos decir previa a ella, de la figura de Ralph Waldo Emerson (1803-1882). En tiempos de Emerson, América era un terreno sin pasado, cuyos habitantes carecían de una identidad compartida más allá de los diferentes movimientos religiosos que allí coexistían, en medio de una naturaleza salvaje, desconocida, un terreno de dimensiones inimaginables y mudo para el hombre⁸. Emerson será la figura que dotará al terreno americano de la huella de la experiencia del hombre, quien le conectará con los vastos espacios naturales buscando la autenticidad y la particularidad de la civilización americana frente a Europa, y permitirá la proyección de esta conexión hacia los salvajes terrenos del Oeste.

Es Emerson quien, centrado en las nociones de poder, personalidad y provocación, diseñará una ideología americana potente y emergente, de individuos con una voluntad invulnerable, y orientada hacia las posibilidades del futuro. Se trata de un esquema muy fluido, donde las relaciones humanas y con la naturaleza se caracterizan como transacciones dinámicas entre individuos independientes que contienen en su interior un poder cuasidivino, así como capacidades

⁶ “I wanted to make clear to myself my own contradictions and tensions, faults and foibles as one shaped by, in part, the tradition of American pragmatism”. Ibid, p. 147.

⁷ Hay que recordar que en el momento de redactar esta obra, West llevaba varios años en contacto con el pragmatismo, en primer lugar en Emerson Hall, en la Universidad de Harvard, con Israel Scheffler, y después en la Universidad de Princeton, con Richard Rorty.

⁸ “Nature also seemed opposed to the acculturation of the citizenry despite its promise of abundant prosperity...[a] splendid, empty theatre, offering economic promise but suggesting no previous human experience”. Larzer ZIFF, “Introduction”, en Ralph Waldo EMERSON, *Selected Essays*, Viking Penguin, East Rutherford, NJ, 1982, pp. 9-10.

innatas para transformar el mundo. Al mismo tiempo que Emerson defiende este individualismo de capacidades infinitas, intenta consolidar “la nación” como entidad geográfica y política, en medio de un país sumido en “la crisis de una tradición religiosa moribunda, un orden industrial naciente, y sobre todo, una nación poscolonial e imperialista a la que le faltaba confianza en sí misma y claridad sobre su futuro” (p. 39). La forma de superar estos titubeos será apoyar una ideología del excepcionalismo estadounidense que establezca la forma de vida americana como invulnerable e inquebrantable, de individuos capaces de superar todos los obstáculos e ir siempre más allá, la de un pueblo excepcional y elegido.

La parte positiva de esta nueva concepción, es su reconocimiento de la contingencia y el cambio en la vida humana, en especial en lo que se refiere a normas sociales, costumbres, leyes, tradiciones o instituciones políticas, las cuales no son tomadas como eternas o perennes, sino siempre sujetas a las nuevas transgresiones morales y modificaciones que promuevan las distintas conciencias personales. Bajo este énfasis en el cambio y la novedad, la contingencia de la vida es presentada siempre como un reto para el hombre del que debe salir victorioso gracias, eso sí, a su capacidad para el poder y la conquista. Un hombre, en definitiva, que puede superar cualquier circunstancia por adversa que sea gracias a su voluntad, inteligencia e independencia.

Al mismo tiempo, estas capacidades humanas no sólo conquistan, sino que provocan y estimulan al resto para alcanzar los mismos logros. West relaciona de forma muy acertada esta visión con las circunstancias de una economía liberal de mercado (p. 60); a pesar de las críticas de Emerson hacia el sistema capitalista, es evidente lo bien que encaja su concepción del ser en la cultura de mercado, considerado como una fuerza que avanza, fluye, y empuja al resto hacia la acción (a la competencia). Con una salvedad, y como también destaca West: este “privilegio” queda reducido a aquellos sectores con capacidad emprendedora y cuyo trabajo no se encuentra instrumentalizado. De la importancia central de la noción de provocación se derivan el dinamismo de la sociedad americana, la transaccionalidad de sus relaciones, la capacidad de superación, la movilidad geográfica, y el escaso apego hacia aquello que deja de proporcionar posibilidades de progreso y desarrollo, de *crecimiento* personal.

Una de las carencias que mas señala West con respecto a Emerson, es su atracción por el prestigio, el estatus, la influencia, y la respetabilidad de las clases privilegiadas de Nueva Inglaterra, a quienes convertirá en su público mas directo, dejando a un lado la miseria social en la que viven el resto de ciudadanos. Su misticismo difuso pero consolador, encaja perfectamente en este esquema de inacción frente a la injusticia, unido a su rechazo por las masas, por la política, y por la

acción colectiva como transformadora de la realidad. Emerson propone una actitud transgresora, pero individual, de cambio más que de revolución, sin tener en cuenta que las circunstancias necesarias para poder ponerla en práctica no son las disfrutadas por la mayoría de la población. De hecho, West criticará en varias ocasiones el escaso testimonio que supone la propia vida de Emerson como actor y agente del cambio social, y su limitada participación más allá de la mera contemplación de los hechos, y de las propuestas individuales o incluso evasivas.

La otra gran cuestión que West analiza detalladamente es la concepción racial de Emerson. A pesar de su confianza infinita en el individuo americano, resulta que la raza sí juega un papel importante en la historia, limitando al individuo. En una de sus típicas maniobras, Emerson parece encubrir esta afirmación mediante la idea del ciclo del destino como una fuerza mayor que rige el ascenso y caída de las razas, en medio de una historia *orgánica* donde unas ascienden mientras que otras son destinadas a quedar atrás y desaparecer. Es curioso que ni las instituciones, ni el espacio y las circunstancias, ni las costumbres ni la tradición supongan un freno a las posibilidades del hombre, y sin embargo la raza si sea una lente que dé sentido (y límites) a tan infinitas capacidades. Más curiosa aún es la defensa de la raza anglosajona en su relación con el poder y la capacidad para actuar, provocar, y ser provocado, que como West bien señala, sostiene la dominación imperialista sobre tierras y pueblos no europeos, y la discriminación racial en el interior del país.

En el repaso al pragmatismo que hace West —recordemos, orientado hacia su vertiente moral y política, hacia aquello que realmente puede transformar la vida de las personas—, Emerson será siempre la figura de referencia. Los autores posteriores serán presentados como continuadores de su pensamiento, a pesar de las diferencias entre ellos y de las distintas circunstancias y actitudes que encontraron a la hora de actualizar el excepcionalismo americano. Presentar a Emerson como el padre, y como la semilla del pragmatismo, analizando en profundidad sus aportaciones, pero también sus limitaciones y zonas más sombrías, nos permite conocer de otra forma la obra de los pensadores posteriores. A partir de Emerson comenzará el pragmatismo como corriente filosófica, con Charles Sanders Peirce y William James, continuada por John Dewey y George Herbert Mead⁹. A pesar de la heterogeneidad de sus formas¹⁰, motivada también por el

⁹ A pesar del reconocimiento del que goza, no aparece en el libro de Cornel West; entiendo que debió considerar insuficiente la orientación política y moral de su obra.

¹⁰ “Cuando se examina la obra de todos ellos, lo que se percibe es más bien una pluralidad de proyectos intelectuales autónomos, aunque al mismo tiempo congruentes entre sí”. Ángel FAERNA, *Introducción a la teoría pragmatista del conocimiento*, Siglo XXI, Madrid, 1996, p. 1.

rechazo hacia la metodología, los fundamentos, la búsqueda de certeza, o cualquier otra forma rígida que pudiera constreñir la inteligencia humana y desviarla del día a día del hombre y de sus posibilidades reales de acción, el espíritu del pragmatismo podría resumirse en “recuperar para la razón [o la inteligencia] y los valores humanos el dominio sobre una acción irreflexiva y opaca que... amenaza con imponer a los individuos su propia lógica deshumanizada”¹¹. Para ello, la ciencia resultará un novedoso aliado, que influirá a toda esta corriente con su poder explicativo sobre el mundo y por las posibilidades de acción real que nos ofrece (p. 328).

Charles Sanders Peirce (1839-1914) defenderá la autoridad de la ciencia, no entendida como algo sagrado, autónomo e independiente, sino como “un asunto humano, un conjunto de prácticas sociales concretas por las cuales producimos conocimiento... una actividad social normativa y cargada de valores” (pp. 83-84). El método científico es importante en tanto que camino hacia el potencial del hombre y su capacidad de responder a la provocación, que nada tiene que ver con la búsqueda de fundamentos y certeza. De hecho, la ciencia para él nunca puede sentar bases absolutas, los resultados científicos van renovándose constantemente, y al mismo tiempo, se obtienen a través de la experiencia, que nunca proporciona certeza exacta y universal.

Peirce es quizás un pensador singular puesto que conjuga esta actitud hacia la ciencia con la necesidad de un progreso entre los hombres en sintonía con el cristianismo y la existencia de un *telos* religioso; frente al egoísmo humano como agente de la evolución, defenderá el amor creativo¹². Por un lado, le atrae el progreso científico, su revisabilidad y su contingencia, lo nuevo y las posibilidades de cambio. Sin embargo, observa cómo el despliegue emersoniano del ciudadano americano ha conducido a un individualismo rapaz, al profesionalismo excesivo y a un americanismo expansivo, sórdido. Para intentar recuperar la comunidad como escenario de desarrollo personal, Peirce no dudará en acudir a fuentes no racionales, en especial a la religión, e incluso a la defensa de los dogmas, las costumbres y los hábitos. Es un pensador presentado por West con especial respeto y admiración, con quien encuentra grandes similitudes, y de cuyo resurgir se alegra enormemente.

William James (1842-1910) también se moverá entre la ciencia y la religión, pero siempre manteniendo un cuidadoso equilibrio entre ambas, puesto que

¹¹ Ibid, p. 2.

¹² A pesar de la influencia que tuvo en toda esta corriente *El origen de las especies* de Charles Darwin, y la extrapolación que hacen de esta obra al campo de las relaciones humanas, para Peirce el darwinismo proyecta el evangelio de la avaricia (p. 95).

cualquiera de ellas en su versión mas extrema anulan la voluntad, la autonomía y la espontaneidad del hombre (p. 49). En el libro de West, James es presentado como una figura central que, retomando la sensibilidad de Emerson, dirigirá ésta hacia el perfeccionamiento moral del individuo y las energías heroicas combinándolo con una actitud personal verdaderamente conectada con la vida de la calle, comprometida e inquieta. En realidad es un actualizador del legado emersoniano, preocupado por fomentar la integridad personal y la conciencia individual en sus días, con tal énfasis que incluso pasa por encima de las circunstancias sociales que podrían limitar tal desarrollo. West señala muy acertadamente las nociones de espíritu marcial y virilidad masculina que se encuentran detrás de este proyecto (p. 104) que persigue el progreso y la intensidad en nuestras vidas. West sin embargo también apuntará que se trata tan sólo de un uso del lenguaje de la época, precisamente en contra del imperialismo y el militarismo americano. La cuestión no parece quedar suficientemente aclarada, pero cabe añadir que el propio West no parece sentirse demasiado incómodo cuando afirma que “el heroísmo moral busca galvanizar a unos guerreros vigorosos ante retos inmensos” (p. 105).

El único logro que parece podersele reconocer a James sin problemas es el de ser el primer pragmatista con un papel clave como mediador y publicista de esta corriente, con un sinfín de escritos, artículos y conferencias a lo largo del país. Sin embargo, no hay que confundir dicha actividad con la apertura del pragmatismo hacia nuevos grupos sociales o sensibilidades. Mantendrá, como todos ellos, el intento de movilizar y liderar moral e intelectualmente tan sólo a los segmentos profesionales y reformistas de la clase media. Teniendo como referencia este marco, es más fácil comprender su excesiva confianza y defensa del progreso individual (en individuos que gozan de las circunstancias apropiadas para ello), y al mismo tiempo la tibieza de sus planteamientos, que huyen una vez más de la acción colectiva y de los medios u objetivos políticos. Como bien señalará West, lo que buscará James a lo largo de su vida será “el cultivo de la crítica moral con el fin de mantener una cultura distinguida, la elección de líderes políticos refinados, y la extensión moderada de la democracia”, lo cual poco tiene que ver con un proyecto radical de democracia creativa.

John Dewey (1859-1952) actualizará también el pensamiento emersoniano, dotándolo de una consciencia histórica moderna, y dando a las nociones de revisabilidad y contingencia una relación con lo variable de las comunidades, sociedades y culturas en que vive el hombre. Será el primero que parezca conjugar el interés por la personalidad y la individualidad, con la existencia de estructuras, sistemas e instituciones sociales y económicas, que nada tienen que ver con el comunitarismo inocente de Peirce. Dewey entiende el pragmatismo como una

teoría histórica de la inteligencia crítica y la indagación científica, así como de la reforma y la mejora constante. Un equilibrio entre propuestas individuales y realidades sociales e históricas que le evita totalizar y homogeneizar¹³.

Sin embargo, el proyecto de democracia creativa de Dewey no parece diferenciarse tanto de los anteriores, puesto que también se construye sobre la defensa de la inteligencia crítica, sobre la necesidad de promocionarla entre los individuos para que controlen mejor sus condiciones de vida y puedan crearse más plenamente. Una vez más, encontramos que la voluntad humana, ayudada de una inteligencia táctica, es la clave para transformar el mundo y a nosotros mismos.

A pesar de estas similitudes, Dewey es presentado de forma muy diferente a todos los autores anteriores. West se encarga de señalar en él a un demócrata consumado, un verdadero líder comprometido en el terreno universitario y de la enseñanza, además de entre los segmentos urbanizados, profesionales y reformistas de clase media. Aunque a priori no parece haber diferencia con sus predecesores en cuanto a su público, es quizás la especial sensibilidad de Dewey lo que despierta tanta admiración en West. En este punto, West reconoce abiertamente el peso que su mujer tuvo en su actividad política, su conciencia social y su ferviente activismo (p. 132). Resulta muy interesante el detallado repaso que hace West a la trayectoria personal y profesional de Dewey, acompañado de un retrato de los enormes cambios en Estados Unidos a lo largo de ese tiempo, principalmente derivados de la explosión demográfica y la inmigración, junto con un progresivo crecimiento económico que le permitiría alcanzar la primacía industrial del mundo¹⁴.

En cuanto a las estrategias empleadas por Dewey, no resultan demasiado novedosas. Continúa con el periodismo como herramienta para fomentar la inteligencia crítica entre las masas alfabetizadas, combinándolo con esfuerzos humanitarios para asimilar a los inmigrantes e iniciarlos en la cultura americana. El otro campo de acción será el de la enseñanza, donde intentará superar el enclaustramiento de la academia participando activamente en los sucesos y asuntos del mundo y la política. A pesar de su enorme admiración por él, West también señala que Dewey jamás arriesgó su estatus social y profesional en aras del cambio social, sino que desde sus posiciones lo intentó siempre a través de canales progresistas y de clase media. La educación y el periodismo parecen ser los más viables dentro de esas coordenadas, aunque hay que reco-

¹³ Para West, “el pragmatismo americano alcanza su mayor grado de sofisticada articulación y de elaboración comprometida en los trabajos y en la vida de John Dewey” (p. 119).

¹⁴ En el anverso de este crecimiento imparable, West sitúa “[la] privación económica, [el] desarraigo cultural, y [la] desorientación personal” (p. 134).

nocer que el alcance de sus acciones y el grado personal en que se involucró en ellas fue siempre muy alto¹⁵.

En cuanto a su pensamiento, John Dewey defenderá el papel de la filosofía como una forma de acción cultural crítica (p. 40), que se preocupe directamente de las dificultades reales y sea consciente de las circunstancias en que se mueve. Su obra parece tener una gran influencia de la biología, siendo el hombre como un organismo que se adapta a su entorno, capaz de mejorarlo y de mejorarse gracias a la inteligencia, pero al mismo tiempo influido por el medio. Al mismo tiempo, como el individuo no se encuentra solo, sino que interactúa con otros sujetos, se producen experiencias constantes, fluidas, plurales y diversas, que pueden beneficiarnos o, como mínimo, provocarnos a la acción.

Es cierto que Dewey también defenderá el método científico, pero tan sólo como una de las herramientas de la inteligencia para solucionar problemas; la inteligencia estará disponible a todo el mundo, no se trata de una herencia de la cultura refinada ni propiedad exclusiva de los profesionales. En línea con el pragmatismo precedente, los resultados de la ciencia no constituyen una revelación de lo real, sino que sus poderes explicativos nos ayudan a tratar con más eficacia el mundo, lo cual no significa por tanto que sean el monopolio de lo verdadero y real. Dewey defiende la pluralidad del conocimiento, siempre y cuando éste se revele útil a la hora de superar obstáculos, resolver problemas y proyectar posibilidades. Lo que Dewey buscará, más que los principios o justificaciones del estado de cosas, será el anticipar efectos y proyectar nuestras acciones al futuro; al contrario que los empiristas, donde los hechos actuales validan a los antecedentes, para Dewey los hechos actuales adelantan las futuras posibilidades de acción. Queda claro cómo en este esquema la ciencia resulta privilegiada por su capacidad predictiva, aunque Dewey se oponga a su hegemonía en la comprensión de todo lo humano y acentúe las nociones de revisabilidad y contingencia de sus resultados. La lectura que hace West de este punto es que Dewey está rechazando toda autoridad que no justifique su papel a partir de resultados, lo que le permite, llegado el momento, acudir a otro conocimiento que no sea el científico y que sirva para enriquecer la experiencia y aliviar el sufrimiento humano.

John Dewey será la figura tratada mas ampliamente y con mayor admiración de todo el libro, un verdadero “evangelista de la democracia emersoniana” (p. 163). West también reconoce la admiración ciega de Dewey hacia Emerson,

¹⁵ En el terreno de la educación, llegará a fundar y dirigir personalmente en Chicago el Colegio Dewey. A propósito de este hecho, West introduce la duda de si esta educación funcionalista, una educación crítica para democratizar la sociedad, podría fácilmente confundirse con una educación funcional, que se adecua a las posibilidades del mercado laboral.

y su optimismo poco definido e ineficaz. La otra crítica que recibe de West — que comparte con el resto de figuras— es la de diseminar la inteligencia, al mantener el énfasis en el desarrollo individual de la misma sin organizarla, moviliarla o articularla creando verdaderos actores sociales. Sin embargo, lo que parece marcar la diferencia con el resto es el testimonio personal de este académico que tanto parece haber inspirado a los pensadores posteriores.

A partir de la muerte de Dewey, West considera que el pragmatismo entra en una fase de decadencia, agravado por dos circunstancias. La primera de ellas, es la llegada de numerosos profesores emigrados desde Europa, que colocados en los departamentos universitarios americanos promovieron la filosofía positivista, que nada tenía que ver con la “indeterminación” del pragmatismo (pp. 281-282)¹⁶. En segundo lugar, la constatación de que América se había convertido en un espacio inflexible y estéril para el desarrollo emersoniano de los individuos, con su economía de mercado, el americanismo miope como reacción a la amenaza comunista y la existencia de estructuras rígidas que ahogaban la espontaneidad y la libertad de los ciudadanos.

Sin embargo, West es optimista al seguir la débil huella del pragmatismo durante la posguerra. Considera que es un avance la inclusión dentro de esta corriente de nuevas figuras que se alejan del perfil de hombre blanco, anglosajón y de clase media por el que podríamos reconocer a todos los pragmatistas anteriores. La llegada de nuevos pensadores¹⁷, aunque de un perfil más bajo que sus predecesores, es celebrada como una apertura de dicha corriente fuera de las coordenadas elitistas de Nueva Inglaterra y de la bienpensante sociedad burguesa de raíces calvinistas. De esta forma, para West el pragmatismo pasa a reconocer y a integrar en él a individuos de distintas procedencias, lo que le convierte en un producto aun más autóctono, al incorporar por fin los múltiples orígenes de “lo americano” en la segunda mitad del siglo veinte.

¹⁶ Es significativo que toda la aportación europea a la filosofía americana en este momento histórico quede reducida al positivismo, sin que se mencionen las aportaciones de pensadores como Hannah Arendt, Leo Strauss o Eric Voegelin, que nada tenían que ver con esta corriente filosófica. Es interesante recordar aquí que los pragmatistas sí defendían el análisis metodológico como un medio para intervenir en la realidad, lo que debilita esta imagen de West del positivismo lógico como una importación, o incluso invasión, europea extraña al pensamiento americano. Para algunos, tomando esto en cuenta, “es natural que la proximidad entre el pragmatismo y los primeros desarrollos de la filosofía analítica tiendan a acrecentarse a nuestros ojos”. FAERNA, *Introducción a la teoría pragmatista del conocimiento*, p. 12.

¹⁷ “Ahora [el pragmatismo] incluía a judíos americanos de segunda generación (Sydney Hook y Lionel Trilling), un americano con raíces alemanas (Reinhold Niebhur), un irlandés-americano criado en la zona sudoccidental de Estados Unidos (C. Wright Mills) y un americano que descendía de cinco generaciones de afroamericanos (W. E. B. Du Bois)” (p. 181).

También es preciso señalar que la mayoría de estos autores huyeron de la filosofía, quizá con la idea de que el proyecto pragmatista tal y como lo habían entendido sus predecesores había alcanzado su límite, frente a circunstancias tan adversas como la burocratización de la política, el liberalismo empresarial unido al corporativismo, la sociedad de consumo, la violencia interna y externa (desde el racismo hasta la intervención militar) y la religiosidad mediocre como soporte de la identidad de un país que se refugiaba en sus valores más tradicionales.

Sin embargo, mantuvieron la sensibilidad pragmática en diversos campos, desde la teoría social hasta el estudio de la historia o la literatura. Todos ellos estuvieron a la altura del intelectual orgánico que busca liderar y promover nuevas opciones de mejora, pero en muchos casos el hastío, la marginación y el abandono fueron consecuencia de estos proyectos personales¹⁸. Para West, lo más destacado de esta segunda generación es la introducción del sentido trágico de la vida humana¹⁹, que al parecer tocó en el interior de alguno de ellos. A pesar de ello, West también los presentará como “hombres ambiciosos con gran fuerza de voluntad, que empezaron fuera del sistema y alguno de ellos permaneció allí. La diferencia fundamental que marcó el pragmatismo en sus vidas es que apuntaló y fortaleció sus voliciones y aspiraciones propias” (p. 279)²⁰.

Para West, será su maestro y amigo Richard Rorty quien dará un nuevo impulso a la moribunda corriente del pragmatismo americano desde los paradig-

¹⁸ Podría ser que el pragmatismo anterior contuviera en su interior un espíritu demasiado marcial e inflexible, un heroísmo moral incluso más duro con el individuo que las circunstancias más adversas, que acabó por hacer mella en esta segunda generación de intelectuales incapaces de personificarlo. También hay que tener en cuenta, que los anteriores pragmatistas escribían desde un status social y profesional privilegiado, en medio de segmentos sociales que aun conservaban cierta ingenuidad y esperanza, sin ser aún salpicados por las consecuencias de la naciente economía industrial. Quizás, el pragmatismo anterior se había convertido para los intelectuales de posguerra en una utopía obsoleta.

¹⁹ “El énfasis en la tragedia de los pragmatistas americanos de mediados de siglo surge en buena medida de un profundo sentido de desilusión con dos nociones de clase media: perfección y progreso... Esta desilusión adoptó la forma de una serie de discursos sobre los límites, los constreñimientos, las circunstancias, las condiciones impuestas y el destino” (p. 278).

²⁰ En lo que supone una ausencia importante en la obra de West, considero que el mejor ejemplo de *outsider* sensible, positivo y optimista, abierto a las posibilidades del self humano, pero también al sentido trágico de la vida y a la incapacidad de controlar nuestra propia fortuna es Walt Whitman (1819-1892), quien nunca disfrutó de un status privilegiado, y cuya vida y obra se entremezclan de forma auténtica. Para una primera aproximación a esta figura desde la perspectiva de un autor teórico-político, se recomienda George KATEB, “On Walt Whitman’s Song of Myself”, en *The Inner Ocean: Individualism and Democratic Culture*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1992.

mas lingüísticos dominantes en la filosofía²¹. A partir de *The World Well Lost* (1972), y fuertemente influido por Dewey, señala West la época mas pragmatista de Rorty, tanto por la vuelta a la conciencia histórica, como por su estilo narrativo, seductor y fluido, liberado de la pesadez académica. Para Rorty, las descripciones, incluso las científicas, surgen de comunidades diversas en respuesta a problemas específicos, ligados a circunstancias muy concretas. Lo que hace de él un pragmatista es su entendimiento del lenguaje, las ideas y las palabras como herramientas para enfrentarnos al mundo, no como reflejo de una naturaleza o esencia intrínseca, inmutable, y ahistórica. Para West, Rorty encaja plenamente en el perfil del pragmatista norteamericano, que recupera para la acción humana su carácter fluido e histórico, y se aleja de la atemporalidad y rigidez de la filosofía que limita al hombre con sus representaciones *irreales* —tras las que se esconde el intento de perpetuar una determinada practica social o giro lingüístico. También consigue nuestro autor atraer a Rorty hacia la figura de Emerson, señalando las importantes similitudes entre ambos, que coincidirían al quitar “toda autoridad a las tradiciones filosóficas a la hora de recrear y redescubrir el mundo y a nosotros mismos” (p. 311).

Sin embargo, West también se permite ser crítico con el trabajo de Rorty, a pesar de la enorme admiración que le profesa. Su principal reparo se dirige hacia el etnocentrismo de su postura liberal, y el carácter difuso de su obra en términos de acción y cambio social. West logra sintonizar muy bien a Rorty con la perspectiva acomodada de los pragmatistas de Nueva Inglaterra, limitando sus resultados a la esfera burguesa en que se mueven²². El único logro transgresor que le reconoce es el del antiprofesionalismo en la Academia, la lucha contra la departamentalización y la crítica hacia la estrechez de sus actividades y resultados. Si algo le achaca es su falta de análisis de las relaciones de poder que se esconden tras la perpetuación de determinados valores a través del lenguaje, y la superficialidad con que trata la posible existencia de ideología tras el método científico. En palabras de West, “se niega a dar a luz lo concebido” (p. 316), desatapando el lenguaje como una herramienta humana y la ciencia como una empresa cargada de valores, pero sin profundizar en las relaciones de poder, domina-

²¹ West reconoce de forma extensa las aportaciones previas de Willard Quine (1908-2000), Wilfrid Sellars (1912-1989), y Nelson Goodman (1906-1998) desmantelando el positivismo lógico, como marco del posterior desarrollo de la obra de Richard Rorty. De hecho, West los presentará como afines al pragmatismo y enfatizará la vertiente pragmatista de sus trabajos y sensibilidades.

²² “La indiferencia que muestra Rorty por el destino de la filosofía va acompañada de un ferviente y vigilante esfuerzo por preservar el estilo de vida burgués dominante en las sociedades del Atlántico norte, sobre todo en la sociedad americana” (p. 315).

ción y opresión sobre las que se construyen y perpetúan. Lo que le falta a Rorty es convertir sus relatos genealógicos en “armas morales y políticas en enfrentamientos sociales e ideológicos con los que están en el poder y que dominan las vidas de la mayoría de nosotros” (p. 320).

En cuanto a las posibilidades futuras del pragmatismo americano, West cree firmemente que debe convertirse en una forma seria de crítica cultural, explícitamente política, consciente del momento histórico, las estructuras sociales y los límites que imponen al individuo, sensible hacia los más desfavorecidos, e impulsada hacia el futuro a través de la inteligencia crítica y la acción social. Detrás de este impulso se encuentra el intento de recuperar, una vez más, a Emerson y su preocupación por el poder, la provocación, y la personalidad, ampliando su influencia más allá de las clases medias, e intentando que el *empowerment* de los ciudadanos tome la forma de acciones colectivas con un contenido explícitamente político.

Este proyecto, resulta muy apropiado en el contexto de la sociedad del conocimiento. Es cierto que uno de los grandes logros del pragmatismo americano es el de la ruptura de las divisiones y constricciones del pensamiento, dejando un terreno libre y amplio por el que pueda moverse la inteligencia humana. Sin duda, el principal mérito de esta corriente se situaría en el plano académico, e iría en contra del profesionalismo cerrado y excluyente²³. West añade, a esta libertad en la cultura y el conocimiento, la necesidad de controlar eficazmente la toma de decisiones en aquellas instituciones políticas capaces de influir en dichas formas culturales y de conocimiento. Lo que trata es de orientar la investigación y el conocimiento hacia las “circunstancias sociales y colectivas bajo las cuales las personas se comunican y colaboran en un proceso de adquisición de conocimiento” (p. 324). Se trata de democratizar la deliberación, alejándola de nociones irreales y controladas por expertos, y acercarla a las circunstancias y el sentido común de los ciudadanos, siempre con el objetivo de mejorar sus vidas de cara al futuro, con el apoyo de instituciones participativas controladas democráticamente²⁴.

²³ Aunque hay que recordar que la mayoría de sus integrantes se sintieron atraídos por el status profesional, lo que les llevó a cultivar una imagen concreta y delimitada, dirigida a públicos específicos.

²⁴ “Es evidente que esta perspectiva no justifica eliminar u oponerse a todas las elites profesionales, pero sí justificar el pedirles que rindan cuentas por sus acciones. Por otra parte, la deliberación del público no debe llevar a un gobierno de turbas ni de prejuicios populares. Más bien tiene que ver con la ciudadanía en acción, con una conciencia civil formada por la participación en una democracia centrada en el interés público y que se muestra respetuosa con los derechos individuales” (p. 324).

En esta última parte del libro, Cornel West acude a dos figuras contemporáneas para perfilar este pragmatismo futuro (o *profético*, en palabras del propio autor), y demostrar que, si bien estos dos autores no son plenamente pragmatis-tas, su trabajo se aproxima en cierta manera al mismo. El primero de ellos es el marxista Roberto Unger, de quien West destaca su preocupación por la transformación social y el autodesarrollo; lo más interesante a propósito de este autor, es la crítica que hace West hacia el llamado romanticismo de izquierdas, la violencia y deshumanización que existen en su fondo, y el repaso histórico de los fenómenos políticos desencadenados por éste y sus nocivas consecuencias. A pesar de que ve en Unger a un teórico refrescante y comprometido, señala también la falta de concreción en su trabajo en cuanto a la vida cotidiana de los ciudadanos, a la necesidad de organizarlos y movilizarlos políticamente, y es especialmente crítico con la falta de sensibilidad hacia las cuestiones de género y raciales que Unger no parece tratar con especial dedicación²⁵.

El otro pensador contemporáneo abordado es Michel Foucault (1926-1984), a quien West acude por su preocupación por el funcionamiento del poder, pero en quien a la vez critica la falta de reconocimiento del dinamismo y la contingencia de las prácticas sociales a través del tiempo y el espacio. Para West, la obra de este pensador adolece de una excesiva tecnificación, minusvalorando la individualidad, diferenciación y capacidades de cada uno, a favor de “fuerzas impersonales, entidades trascendentales o discursos anónimos y autónomos” (p. 339). Por último, acusa también a su proyecto de antiutópico, y como en el caso de Unger, de no articular verdaderas actitudes ciudadanas frente al poder, de rechazar objetivos y fines en la lucha política, y de caer en el pesimismo y la desconfianza hacia todo tipo de reformismo social, que traerá nuevas formas de control y dominación²⁶.

Hacia las últimas páginas del libro, Cornel West abandona el soporte de otros pensadores, pragmatistas o no, para reflexionar en solitario acerca de los límites y la esencia del mencionado pragmatismo profético. Se trata de unas páginas vibrantes, en las que se percibe su compromiso con los más desfavorecidos, con la lucha contra el mal, con el intento de mantener vivo el optimismo y la esperanza de la acción colectiva como herramienta transformadora. Sin

²⁵ Son varias las veces que West acusa a Unger de elaborar una obra magistral, pero sin conseguir librarse del marco eurocéntrico y patriarcal de Occidente.

²⁶ “Como Foucault, los pragmatistas proféticos critican y se resisten a las múltiples formas de subyugación y a los diversos tipos de explotación económica, represión estatal y dominación burocrática. Pero a diferencia de Foucault, estas críticas y esta resistencia están guiadas desvergonzadamente por ideales morales de democracia creativa e individualidad... van directamente a formas de pensar y actuar que tengan una vertiente estratégica y táctica” (p. 341).

embargo, no se trata de una reflexión inocente o ilusa, pues en varias ocasiones se pregunta por el papel del pragmatismo frente al sentido trágico de la vida, a la incapacidad de erradicar totalmente el mal y la injusticia de las vidas humanas. Aunque encuentre serios obstáculos y dude ante ellos, es firme su creencia en el pragmatismo como la mejor forma de canalizar la desesperación humana (que nunca desaparecerá) hacia objetivos morales y estrategias concretas que alteren el *statu quo* dominante, pudiendo acomodarse a los movimientos políticos más diversos. Lo que sí queda claro en varias ocasiones es que aquello que debería definir a esta sensibilidad pragmatista profética no es sólo la crítica cultural, sino la fuerza material, la movilización, el logro de objetivos reales y la consecución de acciones transformadoras.

Desde estas páginas nos llega también su condición de afroamericano y de cristiano, familiarizado con la resistencia, y en especial con la tradición de resistencia de sus semejantes en el pasado frente a los abusos continuados y la injusticia. Es interesante la defensa que hace nuestro autor de la tradición y la memoria, aunque siempre entendidas como alimento de un determinado proyecto de acción, y aclara que el pragmatismo no consiste en combatirlos, sino sólo en desenmascarar y transformar aquellas que perpetúan y ocultan situaciones de dominación y miseria. También defiende el cristianismo como soporte existencial, que “mantiene a cierta distancia el absurdo tan evidente de la vida, pero sin borrar o eludir el aspecto trágico”(p. 350), y la religión como una ayuda a la hora de acceder y hacer progresar las vidas de los más oprimidos. West traza una relación, no demasiado aclarada, entre la religiosidad y la capacidad e interés por la resistencia, la acción social, y la transformación de la realidad, tomando como mejor ejemplo a Martin Luther King, e incluso anticipando que el pragmatismo no dará un salto fuera del mundo académico si no es gracias a movimientos sociales que provengan, o deriven, de prácticas religiosas proféticas y potentes. Al mismo tiempo, señala una vez más que el pragmatismo no tiene agentes sociales privilegiados, ni se limita a un tipo concreto de sujeto o clase, intentando que este énfasis en el apoyo de la religión no sesgue su adaptabilidad universal.

Tras un breve repaso de la posmodernidad americana, y de la evolución del ámbito académico a lo largo del siglo veinte, West volverá, esta vez de manera definitiva, a señalar que el pragmatismo es más que una opción ideológica entre las disponibles. Recalcará que el pragmatismo profético es pensamiento libre, no ideología, pero que también es acción, no rebelde o descontrolada, sino comprometida y regeneradora, lejos del cinismo o el conservadurismo, y siempre con el horizonte de la democracia creativa, la participación política, y la crítica cultural como herramienta de diagnóstico y movilización.

Es un proyecto personal muy interesante el de este autor, y sobre todo valiente al atreverse a hacerlo público. En estas últimas páginas toma sentido aquella afirmación suya que mencionábamos al principio sobre cómo este libro es al mismo tiempo un acto político, una lucha, y una búsqueda personal de sus raíces como pensador y activista. Se trata de un proyecto que continúa directamente la corriente pragmatista americana, pero que al mismo tiempo busca ampliar su público, profundizar en sus efectos, politizarlos, organizar sus energías y al mismo tiempo encontrar nuevas fuentes en las que éstas se alimenten, como la tradición y la memoria, o el propio sentimiento religioso.

Se trata de un proyecto en el que también encontramos los mismos dogmas o principios que en el pragmatismo previo, en apariencia tan libre y heterogéneo. El primero de ellos, que el conocimiento significa poder, que se traduce siempre en posibilidades de acción mayores y mejores, en capacidad transformadora y en ventaja directa sobre nuestros rivales y competidores. Esto se relaciona al mismo tiempo con la confianza ciega en la agencia humana, el optimismo desmedido en que la acción, cualquier acción, siempre es posible y siempre tiene efectos reales y liberadores. Este fervor pragmatista puede convertirse al mismo tiempo en una pesada losa para aquellos no tan capaces de actuar, o conducir a la frustración a aquellos golpeados en repetidas ocasiones por la desgracia sin que sus actos signifiquen nada para cambiarla. Por un lado, el optimismo, la capacidad de superación y la adaptabilidad son admirables; por otro, la frustración, el miedo, la inacción o la reflexión espontánea y no estratégica, no aparecen contempladas en este proyecto colectivo tan obsesionado con la omnipotencia humana y el control, de nosotros mismos y de nuestro entorno. De esta forma, las virtudes que se ensalzan y se pretenden promover entre los ciudadanos adquieren un matiz un tanto siniestro, más próximo al valor, el arrojo y el sacrificio de los soldados, así como al afán conquistador y controlador de los ejércitos.

El otro punto interesante es el del sentimiento trágico de la vida, del que parecen hacerse conscientes los pragmatistas a partir de la segunda mitad del siglo veinte. Aunque West parezca más sensible a este tema que el resto de autores, en todos ellos parece existir la creencia de la desgracia o lo trágico como algo externo, cartografiable, limitable en el espacio y el tiempo, o asociado a estructuras concretas. Parecen querer ver el sentimiento trágico de la vida con ojos de estrategas, para prevenirse sobre su presencia en determinados caminos o zonas, sin llegar a admitir que la mala fortuna es omnipresente y al mismo tiempo difusa, y que escapa al control y las medidas del hombre. Por último, se echa en falta, aunque los indicios que encontramos en el libro son numerosos, una profundización en las raíces calvinistas del pragmatismo (y por extensión

de Estados Unidos)²⁷. West parece más atento al componente étnico del hombre blanco anglosajón de Nueva Inglaterra, pasando por alto en ocasiones que aquello que también comparten es la religión cristiana reformada y que, como muy bien señala, se trata de un crisol de identidades que conformaron el sustrato de la posterior identidad nacional americana. Profundizar en lo común de dichas comunidades religiosas, y en el alimento que supusieron sus creencias y actitudes para el desarrollo posterior del pragmatismo, es algo que falta en el libro, quizás por la proximidad del propio autor con el cristianismo, aunque la religión se encuentre presente a lo largo de toda la obra (tanto en la propia vida de los pensadores seleccionados como en las propuestas más personales de West).

A pesar de todo ello, se trata de una obra excepcional, donde Cornel West va más allá de la mera compilación o síntesis de intelectuales. Por su sensibilidad a la hora de orientar esta selección hacia la vertiente moral y política, por el acierto con que nos conduce por ella mientras nos descubre sus enormes posibilidades y sus zonas más oscuras, y sobre todo, por la honestidad e integridad que demuestra al no abandonar nunca sus circunstancias e inquietudes más personales para hablarnos de este importante fragmento de la historia del pensamiento americano, se trata de un libro comprometido, enérgico pero vulnerable, y sobre todo honesto y con voluntad de enseñarnos y hacernos reflexionar. Es ahí donde reside el mérito de esta obra, en su rigor académico y su estilo flexible tan personal y único, en su recuperación de una tradición de pensamiento y su proyección hacia las necesidades actuales y futuras. Es sin duda una obra ejemplar de teoría política, profunda y actual, que por fin podemos disfrutar en castellano, gracias al impulso de la Editorial Complutense y al excepcional trabajo de Daniel Blanch como traductor de este difícil texto, cuyo espíritu ha sabido conservar. Es de esperar que esta traducción ayude a divulgarla y permita conocer mejor a los lectores en español el pragmatismo americano, una tradición de pensamiento ligada al desarrollo de un país fascinante y contradictorio, hegemónico a lo largo del siglo veinte, y que así nos permita conocer mejor las propuestas y proyectos que desde allí nos llegan. Se trata también, en definitiva, de comprender de la mano de Cornel West parte de los anhelos, miedos, cegueras y confianzas presentes en la identidad, el pensamiento y excepcionalidad de *lo americano*.

²⁷ Las raíces calvinistas del pragmatismo son mencionadas de pasada por Cornel West, quien no ahonda en la profunda influencia que debieron tener. Para comprender mejor su importancia y su proyección en el pragmatismo y el excepcionalismo americano, se recomienda interesarse previamente por la noción de omnipotencia en Javier ROIZ, *El experimento moderno: Política y psicología al final del s. XX*, Trotta, Madrid, 1992. Otro clásico contemporáneo que puede facilitarnos la comprensión del alcance de la religión cristiana reformada y los profundos cambios que supuso: Michael WALZER, *The revolution of the saints: a study in the origins of radical politics*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1966. Debo esta referencia a Laura Adrián Lara.